

groseros. ¿Qué título daremos al siglo XIX? ¿Tal vez siglo del progreso? No lo hay, por mas que se hagan adelantos en las ciencias naturales, si los hombres metalizan sus corazones y corrompen sus costumbres. ¿Tal vez de las luces? No os enojeis, apasionados de las ideas modernas, si al ver la marcha de la época, no titubeo en llamarle el siglo de la hipocresía. Pues bien, por mas que por sí misma la filosofía carnal se desplome y se deshaga, nuestro deber es vivir vigilantes y procurar adelantar cada vez mas en la ciencia que nos enseña nuestra sagrada facultad, para enseñar, para predicar, para argüir, oportuna é inoportunamente, á fin de destruir esas iníquas doctrinas que cual un pozo de aguas corrompidas cubierto con brocal de alabastro, alucinan á los incantos con la pompa del buen estilo. ¡Hipócritas! Semejantes á los sepulcros blanqueados, sirviéndome de una espresion del Evangelio, parecen de fuera hermosos á los hombres, y por dentro estan llenos de huesos de muertos y de toda suciedad.

En la doctrina católica, amados fieles, está únicamente la salvacion; pedid á Dios, por la intercesion de nuestra santa compatriota, la gracia de permanecer resguardados de los peligros, en el arca misteriosa de la Iglesia Católica, preservándoos de dirigir vuestros pasos por sendas estraviadas. Y nosotros, mis amados compañeros, postrados ante el trono de nuestro Dios, dirijámosle de lo íntimo de nuestros corazones esta oracion del oficio de nuestra Santa: *Exaudi nos, Deus, salutaris noster, ut sicut de B. Teresiae virginis tuæ festiuitate gaudemus, ita caelestis ejus doctrinæ, pabulo nutriamur, et pice devotionis erudiamur affectu. Amen.*

SERMON PANEGIRICO

PARA EL DIA DE

SAN JUAN DE DIOS.

Qui misericordiam habet, docet et erudit quasi pastor gregem suum.

El que tiene misericordia, enseña y amaestra como el pastor á su grey.

Eccli. cap. XVIII, v. 13.

Quando una escuela filosófica se propuso en el último tercio del siglo XVIII entrar en batalla con el catolicismo, y no cesar en la lucha hasta verle destruido, como si pudieran destruir los hombres lo que Dios ha hecho indestructible, fijó ante todo la vista en los institutos religiosos, sin cuya estincion no podia predicarse con fruto el odio á Dios, el menosprecio á las cosas santas, la rebelion á todo principio de autoridad, el imperio absoluto de la razon humana, principios que tienden necesariamente á arrastrar la sociedad al mas funesto estado de anarquía. Los hijos de Ignacio de Loyola, varones llenos de sabiduría y maestros en todos los ramos del saber humano; los que profesaban la regla del grande Domingo de Guzman, incansables predicadores de la verdad católica, los franciscanos, modelos de pobreza evangélica que

en sus trabajosas misiones estendian á lejanas tierras el imperio de Jesucristo; los hijos de Benito, tipos de santidad, que como los demas predicaban con la palabra y con el ejemplo, asi como las otras órdenes religiosas glorias y esplendor del catolicismo, eran un estorbo para la realizacion de los planes de los impíos que al par que odiaban su enseñanza, ambicionaban enriquecerse con los despojos de los monasterios. La juventud de nuestros dias, siempre ha oido hablar con prevencion de los regulares, pues que se les ha pintado con los mas negros colores.

No es nuestro ánimo hacer hoy la apología de tan santos institutos, y para hacerlos ver tales como son, nos bastará nombrar al ilustre héroe de la misericordia cuyas glorias celebramos, Juan de Dios, llevando á feliz término un santo instituto que tiene por objeto hacer bien á la humanidad doliente, y en el que tanta multitud de desvalidos enfermos han encontrado y encuentran el consuelo, es un testimonio que hace enmudecer á los enemigos del catolicismo.

En el deber de formar hoy el elogio de este varon de misericordia que vivió para Dios y para sus semejantes, abriré las páginas de su pasmosa vida, para haceros conocer sus grandes acciones, los extraordinarios servicios que prestó á la humanidad en el ejercicio de la caridad y la profunda humildad que le acompañó en todas sus empresas, huyendo de la propia estimacion y deseando tan solamente la gloria para Dios. En la práctica de la misericordia fué un maestro consumado de la perfeccion evangélica que enseñó y amaestró como el pastor á su grey. *Qui misericordiam habet, docet et erudit quasi pastor gregem suum.*

Tal es la idea del elogio que voy á consagrar á nuestro glorioso Santo. Imploramos antes los auxilios del Espíritu divino por la intercesion poderosa de la Santísima Virgen. *Ave Maria.*

PARTE ÚNICA.

Jesucristo, que por nosotros y por nuestra salud descendió del cielo y se hizo como uno de nosotros, se identificó con todas las miserias de la humanidad, excepto el pecado. Siendo verdadero Dios, quiso nacer segun la carne en la humildad de un pesebre, no teniendo otra almohada que las pajas que en él se contenian. Siendo poderoso para mandar á los vientos y á las tempestades, sufrió el frio en la estacion mas rigurosa: padeció el hambre, no obstante haber demostrado su omnipotencia saciando á una turba hambrienta con la prodigiosa multiplicacion de los panes y los peces: sus mas favorecidos fueron los mas pobres y hasta buscó sus apóstoles, destinados á llevar la luz del Evangelio hasta los últimos confines de la tierra, no en las academias y liceos, sino en las orillas del mar. De tal modo amó la pobreza y deseó que sus discípulos fuesen misericordiosos para con los necesitados, que quiso dejar consignado en las páginas del Evangelio, que en el dia en que haga su segunda venida para juzgar al mundo, premiará como hecho á sí mismo todo el bien que hayamos dispensado á nuestros semejantes. Oid, M. A. O., las consoladoras palabras que dirigirá á los justos al anunciarles la felicidad eterna: «Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os está preparado desde el establecimiento del mundo: porque tuve hambre y me dísteis de co-

mer: tuve sed y me dísteis de beber: era huesped y me hospedásteis: desnudo y me cubrísteis: enfermo y me visitásteis: estaba en la cárcel y me vinísteis á ver... En verdad os digo que en cuanto lo hicisteis á uno de estos mis hermanos pequeñitos, á mí lo hicisteis (1)» ¡ Qué doctrina tan consoladora y qué enseñanza tan importante! Por esto los verdaderos cristianos se han compadecido siempre de los pobres, sacrificándose por proporcionarles alivio, en la persuasión de que el mismo Jesucristo es el que padece el hambre, la sed ó la aflicción en que han visto á sus semejantes.

Fijemos nuestra atención en el glorioso Santo, cuya memoria celebramos en este día y le veremos fiel observador de la doctrina evangélica multiplicándose, si así puedo decirlo, en alas de la caridad y de la misericordia por el bien de sus hermanos. Al observar su conducta y contemplar sus hechos admirables, parece que para él fueron escritas las espresiones bíblicas que han servido de base al presente discurso. «El que tiene misericordia, enseña y amaestra como el pastor á su grey.» *Qui misericordiam habet, docet et erudit, quasi pastor gregem suum.*

No empezó á subir Juan de Dios desde su misma infancia la hermosa escala de las virtudes que al hombre conducen á la perfección: hijo de padres honrados y temerosos de Dios, fué educado en la santa doctrina de la Iglesia, pero la vida de soldado á que se dedicó en su juventud le hizo extinguir casi por completo las ideas religiosas que habia recibido en la infancia, y con facilidad se dejaba arrastrar á los mayores desór-

(1) Math. cap. XXV, circa finem.

denes. Son incomprendibles á la menguada razón humana los juicios de Dios acerca de las criaturas. Aquel militar jóven y bullicioso, descuidado en sus deberes religiosos y al que embriagaban los placeres mundanos, estaba destinado por Dios para ser una gloria del catolicismo, un modelo de caridad y de misericordia para las edades sucesivas y una estrella brillante en el cielo de la militante Jerusalem.

De diversos medios se sirve el Señor para abrir los ojos á aquellos que destina á sus altos fines. Saulo oye la voz de Jesucristo en el camino de Damasco y la ceguera corporal en que queda sumergido le sirve para abrir después al mismo tiempo los ojos del alma y los del cuerpo. Agustín mas tarde ve la santidad de los cristianos que retirados del mundo se perfeccionaban en los desiertos, y este fué el principio de su célebre conversión. Juan es llamado por Dios en mas de una ocasión. Cae cual otro Saulo del caballo, y si no oye como aquel la voz del Señor, la siente en su corazón: se encomienda á la Santísima Virgen, á la que habia amado desde su infancia, y á pesar de sus heridas y de la pérdida de la sangre, recibe fuerzas para seguir su camino y recobra la salud. Sin embargo, pronto se olvida de este beneficio, que no le hace entrar en el conocimiento de sus deberes. Mas tarde, por un descuido y no por haber cometido ningún crimen, hubiera perdido la vida, si Dios no se hubiese valido de un oficial general que intercedió para que no fuese ejecutada la sentencia que sobre él pesaba. Tampoco entonces se obró su conversión, no obstante que tan desgraciados accidentes le iban poco á poco predisponiéndole para el bien, al que siempre fué inclinado su corazón. Estando en la Coruña, sabe

que su madre habia dejado de existir, á causa de su ausencia y de los disgustos que la causaban sus desórdenes y que su padre habia tambien concluido sus dias santamente retirado en un monasterio.

Hed aquí, señores, llegado el instante señalado por el dedo del Omnipotente. La gracia hace los mayores esfuerzos y él corresponde, avergonzándose de sí mismo y deseando arreglar su conciencia, corre presuroso á la santa piscina, donde vertiendo un torrente de amargas lágrimas y entre hondos suspiros recibe la absolucion de sus pecados.

No con esto solo queda completamente tranquilo, ni su resolucion es la de pasar en adelante una vida cristiana en la tranquilidad de su hogar. El fuego de la caridad arde ya en su pecho, y su constante deseo es hacer penitencia y procurar la gloria de Jesucristo, de quien hasta entonces habia vivido olvidado. La idea del martirio se presenta á su mente, y se dispone para internarse en los pueblos infieles. Dios sin embargo lo tiene destinado para que fuese mártir de la caridad. No debia ser el Africa el teatro de sus batallas y de sus triunfos, sino la católica España.

En efecto, señores: Dios se sirve de un prodigio para hacerle comprender su voluntad soberana, y darle á conocer los grandes designios que habia formado sobre él. El Hijo de Dios se le aparece cierto dia en forma de hermosísimo niño y mostrándole en la mano una granada abierta, de cuyo centro salia una Cruz, le dice: *Juan de Dios, Granada será tu Cruz.* En el momento desaparece la vision y el favorecido mortal queda inundado de gozo y de alegría, aunque sin comprender por entonces el significado de aquellas palabras.

¿En qué pues, te detienes, venturoso mortal? Corre á esa ciudad que te ha sido indicada y que está destinada para teatro de tus grandes hechos. No temas: si Saulo encontró un profeta que le guiara despues de su conversion, tu encontrarás tambien un varon apóstolico que te dirigirá sábiamente para que cumplas la voluntad del Señor.

Así fué, señores: Juan de Dios, teniendo noticias de celebrarse en Granada las fiestas de San Sebastian, se dirigió á aquella ciudad con el objeto de vender estampas, negocio á que se habia dedicado para proporcionarse la subsistencia. Predicaba en el dia de la festividad el famoso maestro Juan de Avila, conocido entonces por el Apóstol de Andalucía. Juan de Dios le escuchó y su corazon fué una tierra fértil y dispuesta donde se arraigó para producir ópimos frutos la semilla de la divina palabra. Fué tal el dolor que sintió de sus pecados, que salió por las calles como fuera de sí exclamado: *Señor, misericordia.* Los que le oian le tenian por demente y turbas numerosas le seguian por todas partes, insultándole, escarneciéndole, y arrojándole piedras que le causaron algunas heridas. Sin embargo, el que parecia loco á los ojos del mundo era un humilde penitente, á quien el dolor de sus culpas le hacia prorumpir en tales lamentos. Dios habia dispuesto que fuese probado por la tribulacion como el oro en el crisol, y Juan de Dios fué encerrado en el asilo de los dementes, donde fué tratado con el mayor rigor é inhumanidad, á causa de las estraordinarias locuras voluntarias que hacia para ser objeto de desprecio y recibir castigos que con la mayor alegría sufría para satisfacer sus culpas.